

**EL PAPEL DE LOS INTELLECTUALES EN LA ARGENTINA RECIENTE: UNA
APROXIMACIÓN A LA EXPERIENCIA DE “CARTA ABIERTA”**

**THE ROLE OF THE INTELLECTUALS IN RECENT ARGENTINA: AN APPROACH
TO THE EXPERIENCE OF "CARTA ABIERTA"**

Adrián Pulleiro

Resumen

Nos proponemos analizar las producciones y las prácticas del colectivo de intelectuales argentinos “Carta Abierta” preguntándonos por el modelo de intelectual que sus actividades prefiguran, por las tradiciones culturales que éstas actualizan y por el modo en que se insertan en el proceso político abierto en la Argentina a partir del conflicto entre las entidades patronales agropecuarias y el Gobierno Nacional, durante la primera presidencia de Cristina Fernández de Kirchner.

Abstract

We propose to analyze the production and practices of Argentine intellectual group "Carta Abierta". We ask about model of intellectual that they prefigure, by cultural traditions that they updated and how they are inserted into the open political process in the Argentina from the conflict between agricultural employer organizations and the Government, during the first presidency of Cristina Fernandez de Kirchner.

Palabras clave

INTELLECTUALES, MODELO DE INTELLECTUAL. TRADICIONES CULTURALES, COMPROMISO, INTERVENCIÓN PÚBLICA,

Keywords

INTELLECTUALS, MODEL OF INTELLECTUAL, CULTURAL TRADITIONS, COMMITMENT, PUBLIC INTERVENTION.

Reseña curricular: Magister en Comunicación y Cultura (Universidad de Buenos Aires). Becario del CONICET. Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Publicaciones recientes: “Un compromiso revisitado. Intelectuales-artistas y formas de expresión en la crisis de 2001” en *Revista Avatares* N° 4, Buenos Aires, Segundo Semestre de 2012; “La cuestión de los intelectuales: un recorrido posible desde Benjamin y Gramsci”, *Periferias* N° 20, Buenos Aires, 2do semestre de 2012; “Los intelectuales argentinos en la crisis de 2001. Un breve análisis de los posicionamientos, las estrategias discursivas y los modos de intervención”, *Revista Ciencias Sociales* N° 79, Facultad de Ciencias Sociales-UBA, Buenos Aires, diciembre de 2011. Temas de investigación: campo intelectual en Argentina; comunicación alternativa. adrianpulleiro@yahoo.com.ar.

Introducción

Entre los modos históricos del actuar intelectual que surgen de la problematización teórica acerca de la función social de los intelectuales hay una que se destaca por partir de la pregunta ¿qué debe ser un intelectual? Esa tradición, denominada “normativa”, está fuertemente vinculada con una ética de intervención pública e incluye entre sus versiones más trascendentales al modelo de intelectual “comprometido” que, basado en la doctrina del compromiso sartreano, predominó en buena parte del siglo XX entre los intelectuales latinoamericanos.

La decisión de priorizar en este trabajo el análisis de las relaciones entre esa tradición normativa, la doctrina del compromiso y la prácticas de Carta Abierta¹ se debe a que sus propios protagonistas describen a esta formación como un agrupamiento que persigue la relegitimación de la palabra pública y la intervención de los intelectuales en torno de los grandes temas que atraviesan a la sociedad argentina, sin perder de vista la especificidad de su condición. En definitiva, lo que nos interesa indagar es hasta qué punto la tradición normativa y la doctrina del compromiso, como sustentos teóricos de un modelo de intelectual que se constituyó como predominante en buena parte del siglo XX, permiten explicar la emergencia de esa formación cultural y, al mismo tiempo, en qué medida Carta Abierta pone en cuestión el modelo de

¹ Carta Abierta es un agrupamiento de intelectuales que se desempeñan en el ámbito de las ciencias sociales, las letras, el periodismo y la gestión cultural. Surgió públicamente en mayo de 2008 cuando publicó su primera carta abierta, con motivo del conflicto que enfrentó a las entidades patronales agropecuarias y el Gobierno argentino producto de la resolución 125 del ministerio de Economía que establecía retenciones móviles a una serie de exportaciones agrarias. Este conflicto se extendió desde marzo de ese año hasta el mes de julio, cuando el Congreso Nacional votó la no aplicación de dicha medida.

intelectual especialista y el del “opinólogo” mediático que se tornaron hegemónicos luego de la derrota político ideológica sufrida por el movimiento popular en nuestra región y en el marco de la avanzada neoliberal que sufrieron nuestros países en las últimas décadas.

Para ello, en una primera parte, daremos cuenta de los aspectos centrales de esa tradición normativa, cuyo máximo referente histórico es Jean-Paul Sartre, y también repasaremos más sintéticamente los elementos más significativos de otras tradiciones (la del intelectual orgánico, la del experto y la del mediático) que constituyen sendos modelos y que, al ser utilizados como tipos ideales, aparecen como puntos de referencia obligados para nuestro análisis. En una segunda parte, analizaremos los puntos de contacto entre dichas tradiciones y el accionar de Carta Abierta durante el período de su mayor actividad pública (que se extiende entre su fundación a mediados del año 2008 y las elecciones legislativas de 2009), realizando un trabajo exploratorio sobre sus producciones colectivas más significativas y algunas entrevistas a sus principales referentes publicadas, durante esa etapa, en distintos medios gráficos.

1. Las tradiciones intelectuales

La generalización del uso del término “intelectuales” nos remonta a la Europa de fines del siglo XIX. El proceso de constitución de la cuestión del papel social de los intelectuales como problema y tema de debate entre los hombres de las letras, las artes y las ciencias está íntimamente ligada a su práctica de intervención en el debate público y, a su vez, presupone un proceso de creciente autonomización y legitimación de esas actividades, propio de las sociedades modernas (Altamirano, 2006). Puntualmente, a partir de la participación activa de un grupo de individuos provenientes de distintas esferas de la actividad cultural, en lo que por entonces se conoció en Francia como “El caso Dreyfus”, el debate sobre el papel social del intelectual quedaría íntimamente ligado a la intervención en el espacio público acerca de cuestiones no vinculadas directamente con la producción artística, literaria o científica.

Esta marca de origen explica, en gran parte, por qué lo que podemos definir como la “tradición normativa” tuvo un amplio desarrollo en el seno de dichos debates. Ese paradigma engloba diferentes perspectivas que tienen en común el definir a los intelectuales como un grupo social dotado de cualidades particulares y portador de una misión especial, que puede ser la de constituirse en guía, portavoz o en conciencia crítica de la sociedad. De este modo, en todas sus

variantes, en el marco de esta tradición la función de los intelectuales aparecerá ligada a “un deber ser” (Altamirano, 2006: 31).

El desarrollo de esta perspectiva, lleva necesariamente a una demarcación más ética que sociológica. A diferencia de otras perspectivas que asumen que hay funciones intelectuales que se forjan al calor del desarrollo de determinadas clases y fracciones de clase y que esas funciones son cruciales para ese mismo desarrollo, su cohesión y su relación con otros grupos sociales (como es el caso de la perspectiva gramsciana), esta tradición normativa se define, entonces, en función de la disputa por imponer la demarcación entre intelectuales legítimos o verdaderos y aquellos considerados falsos intelectuales². La famosa frase utilizada por Noam Chomsky para definir lo que debe ser la función de los intelectuales –“la responsabilidad de los intelectuales consiste en decir la verdad y revelar el engaño”– puede ayudarnos a sintetizar este primer planteo (Chomsky, 1969: 22).

Hay que señalar, a su vez, que históricamente dentro de esta tradición normativa confluyeron conflictivamente posiciones claramente conservadoras con otras progresistas. Entre las primeras ubicamos una línea de interpretación que postula una misión fundada en el resguardo de valores inmortales respecto del bien, la belleza y la justicia. Del otro lado, ubicamos a aquellos planteos que postulan una función basada en la defensa de los valores democráticos y el compromiso con las clases y grupos sociales oprimidos, situando a esa misión en un marco histórico determinado. Durante buena parte del siglo XX –sobre todo luego de la segunda postguerra y hasta los años ´80– esta línea de acción y reflexión tuvo una referencia ineludible en Jean–Paul Sartre, figura que no sólo marcó a la intelectualidad europea si no también a la latinoamericana y puntualmente a toda una generación de intelectuales argentinos.

Llegados a este punto nos detendremos en los aspectos centrales que hacen a los diferentes modelos de intelectual que, siendo expresión de determinadas formas de concebir y ejercer el papel de los intelectuales, nos servirán como punto de referencia para nuestro análisis³.

² En nuestros días esta perspectiva está presente en la obra de Edward Said. Dice Said: “Básicamente, el intelectual en el sentido que yo le doy a esta palabra no es ni un pacificador ni un fabricante de consenso, sino más bien alguien que apostado con todo su ser a favor del sentido crítico, y que por lo tanto se niega a aceptar fórmulas fáciles, o clises estereotipados, o las confirmaciones tranquilizadoras o acomodaticias, de lo que tiene que decir el poderoso o convencional, así como lo que estos hacen” (Said, 1996: 39).

³ Utilizaremos la noción de *tradiciones intelectuales* en un sentido que conjuga la idea de modos de ejercer el trabajo intelectual, históricamente rastreables en contextos que van más allá del ámbito universitario y académico, con el sentido que le atribuye Raymond Williams a la noción de tradición selectiva. Lejos de pensar a las

Aunque sea sintéticamente, debemos decir que si en el caso argentino –y también latinoamericano- el “intelectual comprometido” y el “intelectual orgánico” gramsciano constituyeron los dos modelos predominantes en los momentos de mayor politización de la práctica cultural durante el siglo XX (Terán, 1991; Gilman, 2002), a partir de la derrota política e ideológica que sufrieron las clases subalternas, ese predominio, desde los años ´80 y sobre todo en los ´90, debe ser ubicado en torno a los “intelectuales expertos” (Sarlo, 2006) y de los “opinólogos” mediáticos o *fast thinkers* (Bourdieu, 1997).

El intelectual comprometido

En el desarrollo de sus reflexiones en relación a la función del escritor (asimilables a la misión de los intelectuales) Jean Paul Sartre parte de una serie de ideas básicas. Así como todo escrito posee un sentido, Sartre dirá que el intelectual debe ser consciente de que toda acción tiene sus consecuencias prácticas, incluso la inacción o el silencio. Concretamente, asegura que el intelectual “‘está en el asunto, haga lo que haga’, marcado, comprometido, hasta su retiro más recóndito” (Sartre, 1962: 9). Por eso su condena a los escritores franceses que en el momento de la Revolución de 1848 o de la Comuna de París no escribieron una palabra para evitar la represión. Para Sartre esos intelectuales son responsables del desenlace de cualquier acontecimiento de su época.

Lo que postula Sartre es todo lo contrario a la idea de la contemplación y la retrospectiva interior⁴. El compromiso del intelectual es, antes que nada, con la situación concreta que constituye su época, por eso si la palabra puede ser instrumento de cambio el actuar sobre esa

tradiciones político-culturales como segmentos históricos relativamente inertes, éstas suponen una fuerza activamente configurativa. Como señala el propio Williams, lo que debemos comprender es una versión intencionalmente selectiva de un pasado configurativo y de un presente preconfigurado, que resulta entonces poderosamente operativo dentro del proceso de definición e identificación cultural y social” (Williams, 2000: 137). Es fundamental agregar que en el marco de la construcción y reconstrucción de hegemonía se da una continua lucha por y contra las tradiciones. De hecho, según nuestro autor parte de la labor contrahegemónica implica la recuperación o el desagravio de interpretaciones y experiencias históricas. De este modo, la disputa respecto por el modelo intelectual legítimo es una lucha que forma parte de las disputas más generales por definir las condiciones de la hegemonía en un espacio y un tiempo dados.

⁴ Para analizar la perspectiva planteada por Sartre es importante tener como punto de referencia polémico a Julián Benda, quien sostenía que la misión de los intelectuales (los “clercs”) no debe ser de orden político ni sociológico sino trascendente y de orden moral. En *La traición de los intelectuales* (1928), Benda asegura que la tarea de los intelectuales no debe perseguir fines prácticos ni sucumbir ante las pasiones inmediatas de la política. Para este intelectual francés, la intervención en el debate público era parte de la misión de esta casta superior que representa al poder espiritual, pero siempre en virtud de señalar y mantener vivos los principios de una justicia abstracta y universal (Ver Walzer, 2003).

realidad debe ser asumido y orientado conscientemente. Así las cosas, sostiene que ya que el intelectual no tiene modo alguno de evadirse: “queremos que se abrace estrechamente con su época; es su única oportunidad, su época está hecha para él y él está hecho para ella” (Sartre, 1962: 10).

Analicemos un poco más detenidamente la relación entre situación, responsabilidad y libertad. En principio, Sartre dirá que “la persona no es otra cosa que su libertad” (Sartre, 1962: 20). Junto con ello, agregará que la libertad no debe ser considerada un poder metafísico ni la posibilidad de hacer lo que se quiere. La idea de situación está, entonces, más ligada al “condicionamiento” que a la determinación. De este modo, Sartre dirá que “no se hace lo que se quiere y, sin embargo, se es responsable de lo que se es” (Sartre, 1962: 20). He aquí uno de los principios del existencialismo: la existencia precede a la esencia. El ser humano no es otra cosa que la suma de sus actos, no hay en él nada que exista previamente y que debe ser desarrollado (Terán, 2008: 266).

A partir de lo señalado, podemos decir que desde la óptica sartreana los intelectuales tienen que hacerse cargo de una misión, que parte de la necesidad de asumir que todo acto tiene repercusiones prácticas, que no se puede estar al margen de la situación en la que se está implicado y que por lo tanto se es responsable del nivel de indeterminación que toda situación contiene en virtud de la acción del hombre. De modo tal, la misión que Sartre postula supone una libertad situada y una responsabilidad con un obrar que siempre significa. Supone, asimismo, una toma de posición respecto de fuerzas sociales y sujetos concretos y, por tanto, partir del interrogante acerca del destinatario de las producciones específicas. Como dice el propio Sartre, “nos colocamos al lado de quienes quieren cambiar a la vez la condición social del hombre y la concepción que él tiene de sí mismo” (Sartre, 1962: 12).

Al mismo tiempo, respecto a la misión del intelectual, Sartre remarca que la palabra es una extensión del cuerpo, es un “momento determinado de la acción” (Sartre, 1962: 52). De ese modo, su doctrina se define por resaltar el carácter instrumental del lenguaje y su función comunicativa. La palabra que nombra al mundo implica una acción sobre él. Sartre dirá que “el escritor [el intelectual] comprometido sabe que la palabra es acción; sabe que revelar es cambiar y que no es posible revelar sin proponerse el cambio”, asimismo si las palabras son “pistolas cargadas” ese intelectual debe disparar a un blanco determinado (Sartre, 1962: 53).

De modo tal, el intelectual comprometido le habla siempre a alguien, a un hombre concreto, y su obra es un llamamiento a la libertad. La tarea del intelectual aparece ligada, entonces, a la revelación pero también a la interpelación. En este punto Sartre será muy contundente: el intelectual comprometido no se dirige a un hombre universal y abstracto, le habla a sus compatriotas, a sus contemporáneos, a sus hermanos de clase o de raza (Sartre, 1962; 86). No pierde de vista la necesidad de llegar a todos los hombres pero sólo a partir de aquellos.

En definitiva, el intelectual comprometido será una especie de mediador. Sartre plantea que ese intelectual nombra y muestra la vida de quienes viven al día, de modo inmediato, de quienes sufren sin expresar sus sufrimientos. En otras palabras, les proporciona “una conciencia inquieta”, que está en antagonismo con las fuerzas conservadoras que mantienen el equilibrio que ese intelectual procura romper (Sartre, 1962: 95-96). En la misma línea, décadas después Said asegurará que el intelectual debe actuar como un “francotirador”, un perturbador del *status quo* y contradictor del poder, debe plantear públicamente cuestiones incómodas a los gobernantes, desafiar las ortodoxias religiosas e ideológicas y su espíritu indócil no se deja domesticar por las instituciones (Said, 1996).

Llegados hasta aquí, hay que señalar también que si bien la doctrina del compromiso sartreano establece una vinculación estrecha entre práctica intelectual y práctica política –en la medida en que la intervención del intelectual (la literatura en un sentido literal) es siempre política y el campo cultural se politiza– mantiene esos niveles de la práctica humana en tensión permanente. Dicho de otro modo, la teoría del compromiso permite un doble movimiento: involucrarse en una situación político-social determinada pero sin abandonar el campo intelectual. La relación con la política y las organizaciones políticas es conflictiva, ya que el intelectual participa en el debate público pero desde su legitimidad como intelectual (Terán, 2008: 266).

Finalmente, referirse al desarrollo de esta tradición en el campo intelectual argentino supone remitirse a la emergencia de la fracción intelectual que hacia principios de la década del '50 se organizó en torno a la revista *Contorno*. Como señala Oscar Terán, la influencia sartreana se evidencia en la “pasión por lo concreto” que orientó la labor intelectual del grupo que nutriéndose de la radicalización de sectores obreros y capas medias, enriqueció las lecturas acerca del peronismo y, manteniendo una inscripción institucional ambivalente y un vínculo no orgánico con las organizaciones políticas, confrontó con las generaciones intelectuales previas,

tanto liberales como marxistas ortodoxos, en favor de una mirada crítica sobre los problemas sociales y políticos de la época y la reelaboración de la relación entre literatura y política (Terán, 1991; Acha, 2008).

Así el existencialismo sartreano, que ofrecía el rescate del marxismo como humanismo y como la filosofía más totalizadora, le sirvió a aquella fracción intelectual para definir la manera de concebir la relación entre política y teoría. De ese modo, hacia los años '60 en el marco de un proceso de auge de las luchas populares, el intelectual comprometido, es decir el intelectual que asume conscientemente su compromiso con su tiempo y se identifica con los oprimidos, se tornará modelo hegemónico en el campo intelectual argentino y latinoamericano, hasta que su legitimidad comience a ser cuestionada por la perspectiva del “intelectual revolucionario” (orgánico) hacia fines de esa década (Terán, 1993: 11; Gilman, 2002: 144). No obstante, dicho esto nos interesa señalar una particularidad en la manera en que la perspectiva sartreana se inserta en la generación intelectual que protagonizó el proceso de radicalización de los años '60 y '70. Aunque la relación entre labor específica y práctica política se mantiene en términos de una tensión permanente (más allá incluso de las incursiones de los integrantes del grupo en experiencias políticas orgánicas), como indica Silvia Sigal, en esa generación intelectual el compromiso terminará siendo menos de la obra y más en función de una intervención pública directa (Sigal, 1991).

El intelectual orgánico

Aquí nos topamos con la referencia obligada a los aportes de Antonio Gramsci, quien parte de la idea de que toda clase social fundamental que pretende conquistar la hegemonía en una sociedad determinada, tiende a crear sus propios intelectuales y también a atraer a sus filas a los intelectuales surgidos en otras etapas históricas al calor del desarrollo de otros grupos, con el propósito de lograr homogeneidad y conciencia en el plano económico, pero también en lo político y cultural. En este sentido, Gramsci dirá que “los intelectuales orgánicos que cada nueva clase crea junto a ella y forma en su desarrollo progresivo son en general especializaciones de aspectos parciales de la actividad primitiva del tipo social nuevo que la nueva clase ha dado a luz” (Gramsci, 2000: 10). De este modo, amplía la noción de intelectual para ir más allá de las

capas que comúnmente reciben esa denominación y relaciona esa categoría con tareas organizativas.

Para referirse al intelectual ligado a las clases populares, Gramsci hablará de un intelectual de nuevo tipo. Su tarea será la de “elaborar críticamente la actividad intelectual que en cada uno existe en cierto grado de desarrollo, modificando la relación con el esfuerzo muscular-nervioso hacia un nuevo equilibrio” (Gramsci, 2000: 13). En síntesis, lejos de la figura del mero orador, ese intelectual de nuevo tipo u orgánico de las clases subalternas será concebido como un “constructor, organizador, ´persuasivo permanentemente´”; portador de “una concepción humanista histórica, sin la cual se es especialista y no se llega a ser dirigente”, o sea, especialista más político (Gramsci, 2000: 14). Mientras que el intelectual tradicional basa su importancia y su tarea en “la elocuencia” del manejo de la palabra, el intelectual de nuevo tipo asume su importancia en función de su participación activa en la vida práctica, es decir en la acción. Una práctica enmarcada en la lucha por construir una nueva cultura, una nueva hegemonía.

Siguiendo a Gramsci, dada la existencia del intelectual colectivo, esos “especialistas” ya no serán concebidos como intelectuales individuales. Se transforman en “intelectuales orgánicos” en la medida en que se vuelven protagonistas y forjadores de los procesos históricos y no meros servidores de intereses ajenos. En este sentido, es importante remarcar que si bien este planteo no supone que todos esos intelectuales orgánicos deban incorporarse al intelectual colectivo, o sea al partido de la clase, sí debe haber un recorrido común. De todos modos, la noción de intelectual orgánico está ligada a la del intelectual colectivo, ya que desde la perspectiva de las clases subalternas la cuestión de la formación de intelectuales propios, en el pensamiento de Gramsci, está íntimamente relacionada con la construcción del nuevo príncipe, en el que todos sus miembros son concebidos como intelectuales en virtud de las funciones de organización y dirección política.

Por otro lado, también vale decir que mientras el intelectual comprometido se dirige más bien a sus pares o, llegado el caso, a ciertos sectores de la sociedad, el intelectual orgánico pretende interpelar al pueblo o a la clase obrera. Asimismo, mientras que el intelectual orgánico construye su labor enraizándola en la práctica de las clases populares y pretender relacionar dialécticamente la teoría y la práctica, el comprometido mantiene la alusión a la pertenencia profesional, para desempeñar un tipo de compromiso que se lleva a cabo, ya sea, desde la obra,

ya sea a partir de “la vida” (Gilman, 2002: 72). Además, si la tradición del intelectual comprometido está teñida de cierto escepticismo, la del intelectual orgánico aparece más ligada a una visión más optimista respecto de las fuerzas del cambio (Terán, 1991: 20-21). No obstante, los procesos históricos demuestran intercambios y matices entre uno y otro tipo ideal (Terán, 1991: 11).

El intelectual especialista

El desarrollo de la actividad académica que se produjo en nuestros países a partir de la transición democrática y la estabilización de las democracias representativas son cruciales para entender el peso de los “especialistas” dentro del campo cultural y más allá de éste. Del mismo modo, habrá que tener en cuenta la crisis de los relatos emancipatorios y el avance de las perspectivas tecnocráticas en la práctica política (Rubinich, 2001; Beltrán, 2005). Como plantea Beatriz Sarlo, durante décadas los intelectuales modernos convivieron con los especialistas, desconfiando unos de otros. El clima de época expresado en el “fin de las ideologías” supuso el predominio de los segundos, al constituir la fracción que en función del pragmatismo y el realismo político se presentaría como la portadora de los saberes necesarios para la toma de decisiones cada vez más complejas (Sarlo, 2006: 180). Aunque actúen políticamente todo el tiempo, estos especialistas presentan su labor en la academia o en la burocracia estatal como “no política”, ajena a cualquier ideología e interés. Si la práctica del intelectual comprometido y más aún la del orgánico suponen la toma de posición explícita y la confrontación, este modelo se funda en una supuesta neutralidad.

En palabras de Edward Said, la preeminencia de este modelo de intelectual se evidencia en que cada vez son más los intelectuales que conciben y practican su labor a imagen y semejanza de las demás labores, sin otra responsabilidad que la de ser competentes y objetivos, dedicándose sólo a los temas que hacen a su incumbencia profesional (Said, 1996: 90). Al igual que la desplegada por Sarlo, la crítica del escritor palestino hacia ese intento de neutralidad es contundente: “la política es omnipresente; no hay huida posible a los reinos del arte y del pensamiento puros o, si se me permite decirlo, al reino de la objetividad desinteresada o de la teoría trascendental” (Said, 1996: 38).

El intelectual mediático

La trascendencia de este modelo de intelectual es directamente proporcional con la profundización de la hegemonía massmediática y más concretamente con el predominio de la cultura audiovisual, es decir con el proceso de reconfiguración que los medios audiovisuales generaron en toda la dimensión simbólica de las sociedades capitalistas contemporáneas, transformación que abarca las artes, los estilos de vida y la política misma (Sarlo, 1992: 51).

Bourdieu ha trabajado este aspecto al analizar la influencia del campo periodístico (televisivo) hacia el resto de los campos de producción cultural. Muy sintéticamente, nos interesa destacar dos elementos de ese análisis. La lógica mercantil impone la velocidad y el entretenimiento como parámetro universal y con ello trastoca el lugar que la práctica política tenía junto al debate ideológico, el pensamiento reflexivo y la argumentación. De ese modo, su correlato es la emergencia de un tipo de pensador que, ocupando generalmente posiciones subalternas en el campo intelectual, se adapta a todas las condiciones y asume todas las preguntas, aunque ello vaya en contra de la posibilidad de elaborar una interpretación valiosa de procesos sociales cada vez más complejos. De ahí los términos utilizados por Bourdieu: “pensador rápido” y “todólogo”. Como señala el sociólogo francés, serán los agentes que hayan acumulado menos capital específico en su campo de procedencia quienes van a estar más dispuestos a involucrarse en ese juego como para encontrar en la consagración externa lo que no logran en el seno de las instancias consagradoras dominadas por sus pares (Bourdieu, 1997).

2. Carta Abierta: ¿intelectuales para qué?

Como ya señalamos, el interrogante que nos orienta en esta parte del trabajo hace referencia a qué tipo de intelectual se puede reconstruir a partir de la práctica desarrollada por Carta Abierta. Para ello tendremos como horizonte los elementos que esbozamos más arriba respecto del intelectual comprometido y la tradición normativa, pero también los demás modelos, puesto que partimos de la base de que los tipos puros funcionan sólo como herramientas analíticas. En ese sentido, de manera muy sintética, analizaremos la práctica de intervención desarrollada por Carta Abierta en función de un conjunto de núcleos problemáticos que estructuraron dicha tradición basada en la doctrina del compromiso: la manera en que se presenta la relación entre política y labor intelectual (la tensión en torno a la especificidad de esa labor y el alcance de la crítica); el lugar de la intervención pública (relacionada con una misión ética y un “deber ser”); y el

destinatario de esa intervención. Finalmente esa problematización tendrá como marco obligado la cuestión de la ubicación institucional de los sujetos.

2. 1. *Intervención política y especificidad: tensiones teóricas y definiciones prácticas*

Podemos empezar planteando que, desde un comienzo, los propios integrantes del grupo se conciben insertos en medio de tensiones y conflictos. Reivindican la necesidad de intervenir en los asuntos políticos e involucrarse en los procesos concretos, pero asumiendo allí el papel específico que les cabe como intelectuales. Veamos los siguientes testimonios de distintos miembros del grupo y la forma en que la cuestión aparece en la primera carta abierta difundida en mayo de 2008.

El filósofo Ricardo Forster se refiere de este modo a los inicios del espacio: “llegamos a la política por un deseo casi individual de cada uno de nosotros de recuperar viejas deudas” (Forster, 2008). El mismo Forster insiste en definir al agrupamiento y sus intervenciones como “un hecho ‘anacrónico’” que se opone al “dominio de la lógica mediática”. Y sintetiza el objetivo central del grupo: “establecer relaciones entre ese mundo de las ideas y el mapa de lo social”. En este punto, nuestro autor subraya el aporte realizado por Carta Abierta a la hora de suministrar herramientas conceptuales para pensar la coyuntura que está en las raíces de su propia emergencia. “Uno de los hallazgos de Carta Abierta, junto con la puesta en evidencia de un clima destituyente, –sostiene Forster– fue hablar de la emergencia de una nueva derecha” (Forster, 2008). En tanto, el sociólogo y Director de la Biblioteca Nacional, Horacio González, se adelanta a algunas de las críticas posibles que podría sufrir el tipo de práctica desarrollada por el espacio. Para González “Carta Abierta paga el precio de la idea que pesa en toda la historia de la condición intelectual: tratar de anticiparse a los fenómenos con el grave riesgo de ser acusada de que no estuvo en contacto con las fuerzas sociales reales” (González, 2009).

Más concretamente, la reflexión acerca de cómo entender la propia práctica, de su ubicación polémica en el espacio cultural y el escenario político y la atención a la especificidad de la labor intelectual está presente en la primera carta abierta.

Se trata de una recuperación de la palabra crítica en todos los planos de las prácticas y en el interior de una escena social dominada por la retórica de los medios de comunicación y la derecha ideológica de mercado. De la recuperación de una palabra crítica que comprenda la dimensión de los conflictos

nacionales y latinoamericanos, que señale las contradicciones centrales que están en juego, pero sobre todo que crea imprescindible volver a articular una relación entre mundos intelectuales y sociales con la realidad política.

En la misma dirección, la idea de que el agrupamiento tiene una “misión” que pasa por aportar instrumentos conceptuales para el develamiento de un escenario político vislumbrado como una trama cada vez más compleja y el desciframiento de las razones inscriptas en las acciones de los actores sociales, aparece como una tarea específica que se desprende de las cartas publicadas y que está presente en el título de algunas de ellas, por ejemplo, el de la tercera titulada “El laberinto argentino”.

No obstante, ese papel definido por el aporte específico en el plano de las ideas y la conceptualización, por momentos, se encima con el del militante a secas o el del dirigente político. En este sentido, podemos decir que hay más referencias explícitas a las tradiciones políticas en las que se reconocen los participantes que a tradiciones propias del campo intelectual.

Esto se observa cuando Forster remarca que lo que pretende el espacio no es legitimar una serie de saberes disciplinares, sino fortalecer el cruce de los saberes que provienen de las tradiciones que existen al interior de “un espacio socio-cultural” más bien amplio. A su entender, Carta Abierta recoge esas tradiciones “del peronismo, [y] de distintas izquierdas” (Forster, 2008). En la misma tesitura, González define al grupo como “una coalición de saberes que vienen de distintos mundos de la memoria: peronismo, izquierda, socialismo, etc.” (González, 2009).

Asimismo, las tareas que se prevén para el momento histórico muchas veces están directamente relacionadas con acciones estrictamente políticas. Esto se aprecia claramente en la forma en que el sociólogo Carlos Girotti piensa el papel que el espacio debería desempeñar.

Yo pienso que Carta Abierta está llamado a ser un espacio que pueda marcar el territorio por dónde empezar a construir un pensamiento crítico novedoso, y cuando digo pensamiento crítico me refiero a la acción concreta, lo digo desde la perspectiva de la filosofía de la praxis; un terreno en donde dibuje la confluencia de actores políticos y sociales, precisamente hacia la construcción de una nueva fuerza política, que asuma los problemas de la gobernabilidad pero también los encare desde la perspectiva del cambio (Girotti, 2008).

Entretanto, la manera en que sus miembros definen el vínculo del agrupamiento con el Gobierno Nacional suma un elemento de mayor complejidad a esa relación entre práctica política y labor intelectual. Por un lado, no se quiere resignar el margen para ejercer la crítica (y con ello el una buena parte de lo que se asume como papel específico). Así las cosas, mientras se habla de un “acompañamiento”, se participa en actos electorales del oficialismo y se apoya a sus candidatos, al tiempo que se señalan públicamente los errores y las limitaciones, que aparecen como reclamos. A su vez, los referentes están estrechamente vinculados al proyecto encabezado por entonces por Néstor y Crisitna Kirchner, otros directamente son funcionarios gubernamentales. Hay, por un lado, un apoyo explícito al Gobierno y, por otro, se afirma que Carta Abierta no es un espacio “kirchnerista”. Asimismo, las intervenciones –sobre todo las Cartas Abiertas- no dejan margen para vislumbrar la emergencia de otra fuerza política que exprese el proyecto “democrático popular” que se levanta, y fueron publicadas en coyunturas particulares, muy vinculadas a iniciativas gubernamentales (conflicto con la resolución 125, elecciones, medidas específicas, etc.). El hecho de que las intervenciones se den en torno a la agenda del Gobierno y las instituciones políticas oficiales⁵, también subordina la labor específica, que los propios referentes plantean, casi exclusivamente a los tiempos de la política institucional. A su vez, el involucramiento con el oficialismo fue en aumento, al punto de participar activamente en la última campaña electoral del año 2009, aunque ninguno de los referentes principales del espacio integró las listas de candidatos.

Esa compleja relación se observa cuando tenemos en cuenta, por un lado, la presentación que figura en la página web del grupo en la que se puede leer que Carta Abierta “surgió en marzo de 2008, en defensa del gobierno democrático amenazado por el conflicto suscitado por las patronales agropecuarias, y distinguiéndose siempre por la preservación de la libertad de crítica”.

⁵ Las tres primeras cartas abiertas fueron publicadas entre mayo y junio de 2008 (todas con motivo de la “crisis del campo”). La cuarta apareció en septiembre y es la menos involucrada en una coyuntura particular, aunque está relacionada con las medidas del Gobierno que siguieron al conflicto generado con la resolución 125. La quinta carta fue publicada en junio de 2009 y difunde el posicionamiento respecto de las elecciones legislativas. La sexta, aparecida en agosto de ese año, analiza los resultados electorales, ratificando las limitaciones –tanto en el avance de medidas que mejoren las condiciones de vida de los sectores populares como en la construcción de sujeto político– y el respaldo al proyecto oficial. A esto hay que sumar una serie de declaraciones, igualmente vinculadas con medidas gubernamentales (el caso de la estatización de Aerolíneas Argentinas o el debate sobre la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual), y una última que es una excepción, ya que repudia la represión a los trabajadores de una importante fábrica de alimentos, aunque comienza destacando la tarea de los gobiernos kirchneristas respecto del respeto de los derechos humanos y la no represión a la protesta social. En el marco de una merma en la presencia pública como colectivo (tal vez compensada por la exposición de ciertos integrantes) la modalidad de intervención que le dio nombre al grupo, dejó de ser en los años siguientes la forma predilecta de expresión.

Por otro lado, la ambivalencia aparece en gran parte de las cartas abiertas publicadas y en diversas declaraciones de los principales referentes. Según Forster “Carta Abierta ha asumido una posición de respaldo al gobierno, pero no somos kirchneristas porque no estamos inscriptos en una corriente político-ideológica en el interior del kirchnerismo” (Forster, 2009). En la sexta carta abierta titulada “En la esquina de Defensa e Independencia” se puede leer esa intención de permanecer en un sitio de relativo distanciamiento. El texto dice así: “...Somos una suerte de conjurados. En defensa de un conjunto de políticas desplegadas desde el 2003 y del derecho del gobierno a perseverar en ese camino y con la independencia de criterio que nos dan nuestras propias experiencias, valores, ideas”.

Como adelantamos más arriba, esta relación ambigua y por momentos contradictoria con respecto a los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner y a la participación orgánica en los espacios políticos que los sostienen, se percibe en las críticas y reivindicaciones que aparecen en diferentes cartas abiertas. Veamos un fragmento a modo de ejemplo.

¿A quién le habla el gobierno cuando habla? (...) Porque a la escena de las presiones de las corporaciones patronales sólo se la combate con una escena de escucha y conversación con los partidos políticos populares y con los movimientos sociales. Y a la escena de los titiriteros mediáticos se la confronta no sólo con medios públicos – que son necesarios– , no sólo con la democratización que supone una ley de servicios audiovisuales –que es urgente e imprescindible– , sino también con una escena política autonomizada de la lógica mediática (Sexta carta abierta).

De este modo, podemos sintetizar diciendo que, por un lado, se reconocen los matices respecto de algunas políticas gubernamentales y, por ende, se mantiene en el plano del discurso un margen de autonomía. No obstante no hay lugar para pensar “un proyecto popular y democrático” al margen del kirchnerismo:

Esa ofensiva de una derecha agromediática (...) nos persuade de la decisiva importancia que adquiere no solamente la defensa de la legitimidad democrática sino, más hondo y grave, del decisivo entrelazamiento de un proyecto popular con el destino del gobierno (Quinta Carta Abierta: “Restauración conservadora o profundización del cambio”).

2. 2. La intervención pública: el “deber ser” del intelectual

La intervención pública a través de declaraciones difundidas como las cartas abiertas es la práctica privilegiada del grupo en el período que aquí analizamos. Si bien hay un intento por

revalorizar un ámbito de organización y participación colectiva que sirva para agrupar a quienes se desempeñan en distintos espacios de la producción cultural a nivel nacional, se realizan asambleas en lugares públicos y demás actividades de difusión, la mayor expectativa está puesta en los efectos que puede generar la circulación de las ideas a través de los medios masivos de comunicación.

Aquí hay sin dudas un rescate de la tradición del intelectual comprometido, del modelo de intelectual clásico de la modernidad que a partir de la legitimidad que le confiere su actividad específica interviene en el debate público, como respuesta ética ante una situación histórica que así lo requiere (Sidicaro, 1999: 23-24). Se trata de la recuperación de la tradición inaugurada por Émile Zola desde su célebre “Yo acuso” y reeditada en diferentes momentos del siglo pasado por diversos agrupamientos de intelectuales⁶.

Forster asegura que en el origen del espacio estuvo la necesidad de construir una voz pública respecto de los acontecimientos políticos que movilizaban a buena parte de la sociedad argentina. “Urgidos y preocupados por un escenario político que se complicaba -recuerda Forster- dijimos: algo hay que hacer. Salgamos a decir lo que pensamos, usemos nuestra palabra públicamente contra esta derecha que está naciendo” (Forster, 2008). Yendo un paso más allá, encontramos en Girotti una apuesta estratégica en el plano discursivo. A su modo de ver, Carta Abierta debe contribuir a “recuperar el sentido de la palabra empeñada”, “para que la palabra misma cobre otro sentido” (Girotti, 2008).

Este énfasis contrasta con el peso atribuido a otro tipo de prácticas. Aunque en materiales y declaraciones se hace mención a algunos “contactos” e incluso el grupo suele convocar a sus reuniones a dirigentes sociales y políticos, no se evidencian relaciones efectivas con las organizaciones populares, allí donde éstas se desarrollan. La debilidad de esos lazos parece ser la misma que los intelectuales nucleados en Carta Abierta le señalan al Gobierno, cuando en diferentes textos le reclaman por la falta de vinculación con los movimientos de base y le llaman la atención por no apostar a su despliegue y por no alimentar su creciente protagonismo.

⁶ Sobre este tema Ver: Acosta Matos, E. (2007), *Siglo XX: intelectuales militantes*, La Habana, Casa Editora Abril. Charle, Ch. (2009); *El nacimiento de los “intelectuales” (1880-1900)*, Buenos Aires, Nueva Visión. Walzer, M. (2003), *La compañía de los críticos. Intelectuales y compromiso político en el siglo XX*, Buenos Aires, Nueva Visión.

De la misma manera, la confianza puesta en la palabra pública se percibe cuando exploramos los registros de las actividades desarrolladas por las comisiones de trabajo, que podrían aportar a una vinculación más estrecha con las organizaciones populares desde una tarea más específica de formación política, desarrollo de emprendimientos productivos, fortalecimiento organizativo, producción comunicacional, etc..

Una lectura de la página web del espacio demuestra que en el período analizado las diez comisiones que se conformaron originariamente (Economía, Artistas y Escritores, Asuntos internacionales, Comunicaciones, Educación Superior, Medios Audiovisuales, Comisiones de Desarrollo Tecnológico, Salud Mental, Programas Alternativos en los Medios, Mujeres) desarrollaron una actividad realmente despareja, que va de la organización de actividades con cierta sistematicidad hasta la parálisis virtual.

Aquí podemos señalar una contradicción, que retomaremos más adelante. Mientras el colectivo le reclama al Gobierno más énfasis en la construcción de una fuerza política con raigambre en las organizaciones populares y la interpelación al “argentino de a pié”, la práctica del grupo tiene más que ver con la intervención mediática que con el trabajo codo a codo con organizaciones territoriales, sindicales, estudiantiles, etc.

2. 3. El destinatario

Al analizar el lenguaje, la extensión, los términos empleados, algunas operaciones discursivas de las declaraciones y al tener en cuenta los medios por los que circulan las cartas abiertas (sacando internet, el medio más usado es el diario *Página 12* cuya tirada es la menos masiva entre los periódicos de alcance nacional y circula en buena medida entre las capas medias profesionales) podemos decir que con sus intervenciones Carta Abierta se dirige, fundamentalmente, a sus pares y, en un sentido más amplio, a las capas medias urbanas (que en la Argentina han constituido desde mediados del siglo XX un sector importante cualitativa y cuantitativamente).

Esto puede ser pensado como una contradicción. Por un lado, retomando uno de los elementos que conformó históricamente el discurso de los intelectuales más ligados al peronismo y a la tradición del nacionalismo popular (el caso más emblemático sin dudas es el de Arturo Jauretche), en sus propias intervenciones, Carta Abierta trabajará con una caracterización muy rígida de la “clase media”. Por otra parte, su iniciativa no deja de consistir en un esfuerzo por

articular a sectores de esas capas sociales, se dirige fundamentalmente a éstos y pierde de vista que durante el período 2003-2007 el kirchnerismo y sus aliados recibieron un respaldo social y electoral nada despreciable de esos mismos sectores. “La clase media no quiere rebelarse”, sostiene un Forster implacable respecto del papel que jugaron esos sectores en el estallido de 2001 y de ahí en adelante (Forster, 2008).

Ese destinatario más bien próximo, en términos socioculturales, también se evidencia en ciertos reparos y respuestas formuladas por adelantado. Es un destinatario que comparte un sistema de códigos bien definidos, tal es así que es posible prever sus reacciones ante las palabras que se emiten. La operación puede aparecer dos veces en cuestión de renglones: “Dirán algunos, y con razón, que este mismo gobierno (o su predecesor inmediato) es el mismo que durante cinco años ha autorizado y favorecido el aumento de la concentración [mediática]”. Acto seguido: “No se trata de imaginar conspiraciones ni tampoco de pensar de modo simplificador y añejo en el poder mecánico de los mensajes massmediáticos” (Segunda carta abierta).

Un destinatario que también se va delineando con el estilo crecientemente barroco de la escritura y el uso de términos que remiten a una familiaridad compartida con las tradiciones y debates del campo cultural. Nos permitimos una cita extensa de la tercera carta abierta porque aporta claridad a nuestro planteo:

Asistimos a un remate general de conceptos (...) Las palabras parecen las mismas, pero se han dislocado bajo una matriz teatral y un recetario de cruces de saltimbanqui, legalizados por la escena primordial de cámaras que infunden irrealidad y deserción de la historia en sus recolecciones vertiginosas. Un nuevo estado moral de derecha surge del neoconservadurismo que reordena los valores en juego, luego de que ha tramitado un liberalismo reaccionario y un modernismo que propone conceptos de la sociedad de la información para hacerlos marchar hacia un nuevo consenso disciplinador y desinformante.

2. 4. La ubicación institucional de los sujetos

El carácter de funcionarios gubernamentales de parte de los referentes del agrupamiento es una cuestión obvia pero no menor ⁷. Ese carácter no necesariamente debería hacer que la formación

⁷ Los casos más emblemáticos son los de Eduardo Jozami, titular del Espacio para la Memoria Haroldo Conti y el de Horacio González, Director de la Biblioteca Nacional. A lo que hay que sumarle algunos periodistas que se desempeñan en medios públicos (gubernamentales), como Sandra Russo, o en medios de prensa muy ligados editorial y financieramente al oficialismo, como es el caso de Horacio Verbitsky.

sea un espacio más en la estructura política del oficialismo. Tampoco debería determinar sí o sí un tipo de intervención acrítica. Lo que está claro es que le pone límites precisos, sobre todo cuando la práctica privilegiada es la de la declaración pública a través de los medios masivos de comunicación.

A su vez, hay que analizar las consecuencias que genera el hecho de que los referentes ocupen espacios dominantes en el campo académico (dirigen cátedras, maestrías, facultades). Eso lleva a preguntarnos por el tipo de participación en Carta Abierta de los “recién llegados” del campo cultural en general y académico en particular. El protagonismo está marcadamente del lado de intelectuales reconocidos en el campo, que pertenecen a la generación de quienes ocupan lugares de dirección en el proyecto político del oficialismo, mientras que quienes forman parte de las camadas que les siguen tienen un rol secundario o sólo se los encuentra respaldando las iniciativas con su firma.

En este sentido, la inscripción institucional de los sujetos es menos conflictiva que la que pueden haber tenido grupos como los de la revista *Contorno* en la década de 1950 (Sigal, 1991; Mangone y Warley, 1981) u otras formaciones político culturales en las etapas de mayor politización del campo cultural. En aquel caso esas fracciones no ocupaban posiciones centrales ni en las universidades, ni en el Estado, ni en estructuras partidarias, lo que la colocó en una búsqueda permanente respecto de su propia identidad y función social, generando las condiciones para una producción cultural caracterizada por la innovación (Terán; Sigal). Hay una fuerte inserción de los principales referentes en un ámbito académico fuertemente institucionalizado, pero también en las instituciones culturales gubernamentales. Esto debe ser tenido en cuenta a la hora de analizar la eficacia política de un tipo de intervención pública que pretende no perder su espacio autónomo para ejercer la crítica. El carácter híbrido o por lo menos poco claro del lugar de la enunciación no favorece dicha eficacia.

Del mismo modo, esa inserción deberá ser tenida en cuenta para analizar la ausencia de temas y de iniciativas específicamente vinculados con las instituciones de la producción cultural. Sacando los medios de comunicación, no hay referencias, caracterizaciones ni propuestas de peso en relación a la universidad, el sistema público de investigación científica, el sistema educativo en general, las instituciones del mundo artístico ni cinematográfico. De todas formas, esa ausencia se relaciona con una tendencia a la no participación en instancias colectivas que los

referentes del espacio demuestran en las instituciones donde se desempeñan y en la ausencia de participación en los ámbitos gremiales, donde confluirían con pares que forman parte de diversas corrientes políticas y que se asumen en diferentes tradiciones intelectuales. En otros términos, para la gran mayoría de las figuras más reconocidas del grupo la participación en un espacio colectivo como Carta Abierta contrasta con la nula o casi nula participación en las gremiales docentes universitarias y en los espacios de discusión que se desarrollan cotidianamente en las facultades y universidades en las que son profesores (nuevamente los casos de Casullo, González y Jozami son los más representativos).

Algunas consideraciones finales

La primera consideración tiene que ver con la manera en que la aparición de Carta Abierta pone en cuestión los modelos de intelectual que predominan en nuestro universo cultural desde los años ´80 y más aún a partir de la década siguiente. En principio, al recuperar la tradición del intelectual crítico que interviene en los grandes debates públicos, intentado relegitimar la práctica política en tanto producción de proyectos colectivos y buscando “tender” puentes entre el terreno de la acción política y el mundo de la producción de ideas, la actividad de esta formación cuestiona la figura del intelectual como experto, símbolo de un saber técnico supuestamente neutral. Al mismo tiempo, si bien el ámbito de los medios masivos de comunicación aparece como un espacio clave para la intervención que el agrupamiento lleva a cabo, ésta se da de manera conflictiva. Es decir no hay una integración a la lógica mediática del espectáculo y el pensamiento fácil y aleatorio. Hay más bien un intento por negociar las condiciones y un respeto por los ritmos y tiempos de la argumentación y la explicación. Retomando a Bourdieu, en palabras de Patrick Champagne, estaríamos más cerca de un intelectual “mediatizado” que de la figura del intelectual mediático (Champagne, 2007).

La segunda cuestión hace al modelo de intelectual que esta formación cultural configura a partir de su propia práctica. En este punto, consideramos que la práctica desplegada desde Carta Abierta construye una figura de intelectual que se queda a mitad de camino. No se presenta, al estilo del intelectual comprometido, como parte de un grupo aparte que representa la conciencia inquieta de la sociedad porque al asumir un respaldo más o menos frontal a un proyecto político en el gobierno relega, en los hechos, buena parte de esa capacidad crítica. Pero tampoco es el intelectual orgánico que trata de echar raíces en las organizaciones populares, y que además de

llevar a cabo un trabajo de concientización, organiza y acciona. Hay allí un desfasaje entre las transformaciones que se postulan como necesarias y pendientes, la adhesión (o acompañamiento) a un proyecto político al que, públicamente, se le marcan limitaciones (que se señalan como significativas) en la construcción de “movimiento real”, por un lado, y el estado de desarrollo del sujeto político que debería ser protagonista de ese proceso de transformación y al cual ser orgánicos, por el otro.

Se construye una práctica que mantiene una relación conflictiva entre las tareas políticas y la labor intelectual. En esta experiencia, acción política y producción intelectual marchan por el mismo carril, pero prefigurando una tensión, sin que la política aparezca como la única instancia dadora de sentido y legitimidad a la práctica, puesto que la producción de herramientas conceptuales se presenta como tarea particular y necesaria. Y aunque a la hora de identificarse con tradiciones están más presentes las que provienen del ámbito de la política que de la cultura.

Ubicamos el conflicto más en algunos rasgos particulares de la práctica desplegada que en la relación ambigua con el campo político y más precisamente con el proyecto y la fuerza que encarna el gobierno argentino. Por eso podemos decir que en la actividad de Carta Abierta se retoman –y hay una probada influencia de– algunos aspectos de la tradición del intelectual comprometido: la implicación consciente de los miembros del colectivo con los problemas de su tiempo; el mantenimiento de una tarea específica relacionada con el develamiento, planteado aquí en términos de “desciframiento” de los procesos sociales y políticos; la intervención pública y la confianza en los efectos de la palabra; se intenta conservar, como parte del rol específico, el espacio para la autonomía crítica, al tiempo que ésta tiene un blanco predilecto en los sectores sociales definidos como aquellos que ejercen la dominación de las mayorías y ponen en jaque el proyecto democrático popular que expresaría el gobierno nacional; se pretende hablarle (con las limitaciones que hemos señalado) no sólo a los pares sino a los sectores subalternos.

Sin embargo, la tensión cobra ribetes dilemáticos y atenta contra la eficacia de la intervención político-cultural cuando al pretender mantener la legitimidad lograda en el campo intelectual se interviene desde una zona periférica a la construcción política y, por tanto, no se da el paso que supone el constituirse en intelectual orgánico, pero, a su vez, se está demasiado involucrado con el proyecto político de la fuerza que está en el gobierno como para poder desarrollar la crítica en toda su dimensión. Esta situación se pone en evidencia más claramente cuando analizamos la

manera en que Carta Abierta insiste en señalar lo que considera la mayor debilidad que del proyecto político del kirchnerismo, o sea la no apuesta a la construcción de una fuerza política popular que destrabe la situación de fuerzas sociales, políticas y culturales a favor de las clases subalternas. Aquí, Carta Abierta asume una posición que no resuelve la tensión y que al colectivo colocado del lado del compromiso intelectual. Esto ocurre en la medida en que la necesidad de construir ese sujeto político, al que hacíamos referencia, no deja de ser un reclamo que se le hace a los dirigentes del proyecto que se apoya, al tiempo que la política propia tiene muchas dificultades para ir más allá del espacio de los “pares”, superar la lógica de la intervención mediática y transformarse en actor fundamental en la construcción de ese sujeto político del que tanto se habla. Para lo cual también sería clave poner en cuestión los límites que la propia inscripción institucional le pone a esa pretensión que debe contener por definición elementos disruptivos, más puntualmente el hecho de que muchos integrantes en su calidad de funcionarios públicos y en el ejercicio de otros cargos políticos o académicos tengan que justificar situaciones que, muy probablemente, en otras circunstancias criticarían a través de sus intervenciones públicas, cosa que se explica por los sistemas de compromisos que se tejen en virtud de esas funciones.

No estamos planteando con esto la disolución de la tarea específica de la práctica intelectual en la labor del dirigente político, el tema sigue siendo el debate sobre la eficacia de la intervención intelectual. Por ejemplo, no alcanza con denunciar la capacidad que tienen los medios para hacer circular ciertos sentidos y negar la presencia masiva de otros, muchas veces con el resultado de la asunción por parte de los sujetos de actitudes contrarias a sus propios intereses, si eso no se complementa con una política activa de alfabetización audiovisual y generación de las condiciones para democratizar la elaboración de producciones propias. La difusión de la palabra podría estar acompañada por otro tipo de acción, orientada a un mayor involucramiento con el desarrollo de una visión del mundo alternativa y la capacidad de organización autónoma por parte de las clases subalternas. Hay más denuncia y reclamo que involucramiento en la organización. En este punto, desde la preocupación por la eficacia de la intervención político-cultural, la cuestión tal vez pase por armonizar los ingredientes de esa ecuación.

Para terminar, queremos dejar planteada una tercera consideración. Si bien la relación estrecha entre política y producción cultural está en el origen de la conformación del campo intelectual en

nuestro país (Wortman, 2002: 327) y en muchos momentos de su historia la política llegó a constituirse en principal instancia de legitimación (Sarlo, 1985; Gilman, 2002), en este caso, el otro elemento que hay que poder analizar para dar cuenta de la eficacia de la intervención intelectual tiene que ver con la crisis de la figura del intelectual crítico, guía, predicador y vocero de relatos emancipadores (Sarlo, 1993). Así las cosas, no sólo deberíamos hablar de un intelectual que invoca la necesidad de la construcción de un sujeto pero que no termina de involucrarse por entero en dicha construcción, sino también de un clima cultural que hace que haya que redoblar los esfuerzos, retomar las experiencias históricas más ricas y acudir a la inventiva para restablecer los lazos entre intelectuales y sectores populares. Dicho de otra manera, ese escenario nos llama a readecuar los términos del debate constitutivo del campo intelectual argentino acerca de la cuestión de la relación intelectuales y pueblo (Altamirano, 2005).

BIBLIOGRAFÍA

Acha, O. (2008), *La nueva generación intelectual*, Buenos Aires, Herramienta.

Altamirano, C. y Sarlo, B. (1997), *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel.

Altamirano, C. (2006), *Intelectuales, notas de investigación*, Bogotá, Norma.

Altamirano, C. (2005), *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Beltrán, G. (2005), *Los intelectuales liberales*, Buenos Aires, Libros del rojas, EUDEBA

Bourdieu, P. (1997), *Sobre la televisión*, Barcelona, Anagrama.

Bourdieu, P. (2002), *Campo de poder, campo intelectual*, Buenos Aires, Montessor.

Champagne, Patrick (2007), “Sobre la ´mediatización´ del campo intelectual. A propósito de Sobre la televisión de Pierre Bourdieu”, en *Pierre Bourdieu sociólogo*, Bs. As., Nueva Visión.

Gramsci, Antonio (2000); *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Gilman, C. (2002), *Entre la pluma y el fusil*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Mangone, C. y Warley, J. (1981), *Contorno*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Rubinich, L. (2001), *La conformación de un clima cultural. Neoliberalismo y universidad*, Buenos Aires, Centro Cultural Rojas.

Said, E. (1996); *Las representaciones del intelectual*, Buenos Aires, Paidós.

Sidicaro, R. (1999); “Los intelectuales, los científicos sociales y las acciones políticas de los sectores populares”, en *Apuntes de Investigación* N° 4, Buenos Aires.

Sarlo, B. (2006), *Escenas de la vida posmoderna*, Buenos Aires, Seix Barral (1° Edición 1994).

Sarlo, B. (1993), “Arcaicos o marginales? Situación de los intelectuales en el fin de siglo”, en *Punto de Vista* N° 47, Buenos Aires.

Sarlo, B. (1992), “Estética y política: la escena massmediática”, en Schmucler, H. y Mata, M., (comps.), *Política y comunicación. ¿Hay un lugar para la política en la cultura mediática?*, Córdoba, Catálogos.

Sarlo, B. (1985), “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?”, en *Punto de Vista* N ° 25, Buenos Aires.

Sartre, JP. (1962), *Qué es la literatura*, Buenos Aires, Losada.

Sigal, S. (1991), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Punto Sur.

Terán, O. (1991), *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Punto Sur.

Terán, O. (2008), *Historia de las ideas en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Walzer, M. (2003), *La compañía de los críticos. Intelectuales y compromiso político en el siglo XX*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Williams, R. (1980); *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península

Wortman, Ana (2002), “Vaivenes del campo intelectual político cultural en la Argentina”, en *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*, Daniel Mato (Comp.), CLACSO, Caracas.

Otras fuentes

www.cartaabierta.org.ar

Carta Abierta/1

Carta Abierta/2, “Por una nueva redistribución del espacio de las comunicaciones”.

Carta Abierta/3, “La nueva derecha en la Argentina”.

Carta Abierta/4, “El laberinto argentino. La excepcionalidad”.

Carta Abierta/5, “Restauración conservadora o profundización del cambio”.

Carta Abierta/6, “En la esquina de Defensa e Independencia”.

Forster, R., “Salgamos a decir lo que pensamos”, en *Revista 2010*, n° 19, Buenos Aires, agosto de 2008.

Forster, R., “No somos K”, en *Revista Noticias*, Buenos Aires, 28 de marzo de 2009.

González, H., Existe un fuerte sentimiento de que el gobierno juega su permanencia en estas elecciones, en www.politicargentina.com, 13 de Julio de 2009.

Girotti, C., “Entrevista”, en *Revista 2010*, n° 19, Buenos Aires, agosto de 2008.